

# Creando juntas: hacia una epistemología política

*Working together: towards a political epistemology*

**Marta PÉREZ**

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[martap27@ucm.es](mailto:martap27@ucm.es)

**Débora ÁVILA**

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[deboraav@cps.ucm.es](mailto:deboraav@cps.ucm.es)

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.25(1): a2504]



Artículo ubicado en: [encrucijadas.org](https://encrucijadas.org)

Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2024 || Fecha de aceptación: 25 de abril de 2025

## Resumen

Analizando nuestras prácticas investigativas, entre la antropología en la universidad y los procesos de investigación militante, exploramos las conexiones y tensiones entre la investigación social crítica y la intervención política. El eje sobre el que pivota el ejercicio es la ética, entendida desde el vínculo que establece con la epistemología y con la política: la ética, como práctica relacional y de diálogo, se sitúa en el centro mismo de la forma de conocer; y se acerca a la política, en la medida que la investigación, al atender a la relación, se carga de potencialidad como experiencia transformadora. La continua problematización de la investigación y de sus efectos, así como la apertura a la reacción del otro, hacen de esta ética una práctica cotidiana en el trabajo socioantropológico. Dejar de negar que se hacen cosas mal, estar atentas a los efectos de poder de la investigación, trabajar para no desposeer a los otros de sus saberes, tomarnos en serio a esos otros, plantearnos maneras de interrumpir la autoreproducción y el extractivismo, y acoger el daño, escuchándolo en sus propios términos, son aprendizajes que compartimos y que toman forma a partir de dudas, fallas, tensiones y apuestas de nuestras investigaciones.

**Palabras clave:** ética, antropología, epistemología, política, extractivismo.

## Abstract

Analyzing our research practices, between anthropology in the university and militant research, we explore the connections and tensions between critical social research and political intervention. The axis on which the exercise pivots is ethics, understood from the link it establishes with epistemology and politics: ethics, as a relational and dialogical practice, is at the very core of the way of knowing; and it approaches politics, to the extent that research, by attending to the relationship, is charged with potentiality as a transformative experience. The continuous problematization of research and its effects, as well as the openness to the reaction of the other, make this ethic a daily practice in socio anthropological work. To stop denying that things are done wrong, to be attentive to the power effects of research, to work to avoid stripping others of their knowledge, to take those others seriously, to consider ways of interrupting self-reproduction and extractivism, and to welcome the harm, listening to it on its own terms, are learnings that we share, and that take shape from the doubts, failures, tensions and stakes of our research.

**Keywords:** ethics, anthropology, epistemology, politics, extractivism.

## Destacados

- La crítica no es un juicio ni una verdad que sustituye lo que consideramos ilegítimo.
- ¿Por qué la pregunta de mi investigación merece ser respondida?
- ¿De qué manera mi investigación interpela a las otras?
- ¿Qué jerarquías está creando mi investigación y qué efectos tienen?
- ¿Cómo compartimos la investigación y cómo distribuimos los reconocimientos obtenidos?
- ¿De qué manera se articula el hacer-pensar-y-ser en la investigación?

## Agradecimientos

Ferrocarril Clandestino, La Laboratorio - Espacios de investigación feminista, Entrar Afuera, Yo Sí Sanidad Universal, y a todas las personas de dentro y fuera de la universidad con las que compartimos investigaciones y prácticas políticas y que nos han acompañado con su inteligencia, disponibilidad generosa y estímulo constante.

## Cómo citar

Pérez, Marta y Débora Ávila (2025). Creando juntas: hacia una epistemología política. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(1), a2504.

## 1. Introducción

En este artículo, exploramos las conexiones y tensiones que surgen entre la investigación social crítica y el activismo y la intervención política. Lo hacemos poniendo en el centro el autoanálisis de nuestras prácticas investigativas, situadas entre la antropología en la universidad y los procesos de investigación militante en colectivos en los que participamos. La incorporación de lógicas y prácticas de empresa en la universidad pública enmarca, pero no delimita, estas reflexiones: la neoliberalización de la universidad da forma a la producción de conocimiento dentro de ella y tensiona nuestras relaciones hacia adentro y hacia afuera, al colocar la competición en el centro (Pérez y Montoya, 2018; Pereira, 2021, entre otras). Pero los muros que existen entre el adentro y el afuera de la academia tienen también ladrillos propios de la institución *welfarista* (Entrar Afuera, 2019). Si bien éstos pueden servir como dique de contención para esa mercantilización de la universidad, también son línea de separación y jerarquización de saberes y posiciones dentro de la propia institución y entre ella y los otros mundos sociales<sup>1</sup>.

La ética es el eje sobre el que pivota esta exploración de los vínculos entre investigación social crítica e intervención política. Apostamos por hacer de una de las preguntas que articulan este número monográfico —“¿cuáles son los procesos investigativos que inciden más directa e incisivamente en los límites del modelo social en el que estamos inmersos<sup>2</sup>?”— un proceso de discusión continua con las personas implicadas en las investigaciones que desarrollamos. Al hacerlo, la cuestión de la relación entre las necesidades de las investigadoras situadas en la academia y las personas que habitan otros mundos sociales toma forma concreta. La ética es, pues, una práctica de diálogo, ensayo y reformulación constante entre esas necesidades, que permite identificar el potencial que esa investigación tiene para apuntar hacia alternativas pro-emancipadoras y orientadas a ensanchar las líneas de resistencia.

Así, para reflexionar sobre la dimensión ordinaria y relacional de la ética, movemos el foco desde los dilemas éticos entendidos como situaciones extraordinarias, escollos que solventar o protocolos a aplicar, hacia una concepción de la ética que la sitúa en el corazón mismo del trabajo socio-antropológico. Nuestra propuesta es entender la ética desde el vínculo íntimo e ineludible que establece con la epistemología y con la

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, podemos identificar la capitalización individual de los procesos de pensamiento, creación y publicación como una característica de la investigación académica actual que combina componentes tanto de las lógicas universitarias clásicas como de las neoliberales. Este aspecto se desarrolla con más detalle más abajo.

<sup>2</sup> A lo largo del texto, alternamos de forma deliberada el uso del femenino genérico, el masculino genérico y algunas formas neutras. Esta elección no obedece al azar, sino a un gesto de respeto hacia las diversas formas de existencia sexo-genérica y a una voluntad de desmarcarnos del lenguaje excluyente. Sin embargo, decidimos no enumerar de forma exhaustiva todos los géneros en cada caso, para no saturar la lectura ni obstaculizar la fluidez del texto. Esta decisión busca mantener un equilibrio entre el compromiso político y la claridad expresiva.

política: la ética, como práctica relacional y de diálogo, se sitúa en el centro mismo de la forma de conocer; y se acerca a la política en la medida que la investigación, al atender a la relación, se carga de potencialidad como experiencia transformadora.

Tomamos como pilar de nuestra reflexión el concepto de ética del *discomfort* que acuña Michel Foucault en su conferencia *¿Qué es la crítica?* ([1978] 2018): como posición incómoda, esta ética no es un punto de vista fijo, que prescribe formas de relación que limitan la afectación mutua, o un protocolo que prescribe modos de actuar frente a los otros. En ambos, está implícita una cierta desconfianza hacia la reacción del otro, una suerte de protección frente al otro. Frente a ello, la ética de la incomodidad es una práctica más cotidiana, que se pregunta “cómo no ser gobernado de esa manera; es el arte de no ser gobernado tanto, así, por esos” (Foucault, [1978] 2018: 50). Es una demanda para problematizar continuamente: nunca consentir en sentirse completamente cómodo con las propias presuposiciones, no permanecer de acuerdo consigo mismo, hacer un continuo auto-bricolaje de uno mismo, estar dispuesto a errar, a perderse, a dudar (Foucault, [1978] 2018: 40-51). El encuentro y la relación con los otros es fundamental: alejada de la norma y pegada a los mundos sociales, la ética es una relación que se establece con una misma y con las demás, con las cosas que pasan, en la experiencia de esas cosas, dejándose afectar, tomando forma — transformándose— en el proceso: porque quien (una) es emerge de los problemas con los que (una) pelea (Foucault [1979] 1981).

Si ubicamos esa práctica en la academia, la ética es una suerte de “virtud” que va más allá del imperativo general de “desechar errores” en la producción de conocimiento (Foucault, [1978] 2018: 46-47). Esto implica “ser respetuoso cuando una singularidad se subleva e intransigente cuando el poder transgrede lo universal” (Foucault [1979] 1981: 9). Judith Butler, en *What is Critique? An Essay on Foucault's Virtue* ([2001] 2004), propone una cuidadosa crítica a Foucault profundizando en las condiciones de desigualdad que enmarcan la práctica de la crítica como apuesta ético-política. La crítica como des-subyugación, dice Butler ([2001] 2004), como una forma de exponer los límites de lo que es posible, supone poner en peligro la propia formación de uno mismo como (un) sujeto reconocido y reconocible. Ese peligro afecta a las personas implicadas en la investigación, y lo hace diferencialmente, según la posición dentro/fuera de la academia, según las diferencias y jerarquizaciones que haya dentro de esos dos campos, y según las relaciones que se establecen dentro de cada campo y entre los campos. Visto así, el saber se convierte en un campo de batalla, atravesado por relaciones de poder muy desiguales, donde todo el rato se (nos) juegan cosas. Porque el saber no es neutro, ni tampoco plano. Y, por eso, la manera en la que nos aproximemos a él es clave para hacer de este mundo un lugar menos depredador, más cuidadoso, más justo.

## 2. Apuestas, problematizaciones y futuros anteriores

El continuo cuestionamiento del “trabajo de campo” y de su relación con la actividad política, con los afectos y cuidados, con los vínculos y las relaciones personales: la investigación como parte de un proyecto crítico, ético-político, que rebasa el marco institucional académico y al tiempo forma parte de él... Son apuestas por las que merece la pena arriesgar, sabiendo que la senda a transitar no estará exenta de escollos y tropiezos. La ética de la incomodidad es tanto una demanda para estar dispuesta a problematizar continuamente nuestras maneras de investigar como una relación que se abre a la reacción del otro. Convoca la práctica investigativa como parte del camino común de conocimiento, en el que la investigación está imbricada con las luchas de las personas implicadas, sobre todo si investigamos junto con prácticas activistas. Con esta inspiración no estamos indicando otra suerte de normatividad, que prescribiera una implicación homogénea, con efectos de la investigación en los mundos sociales medibles según escalas preconcebidas. Por el contrario, estamos proponiendo un análisis situado que problematiza tres ejes:

- 1) La propia investigación: *¿por qué la pregunta de mi investigación merece ser respondida? ¿de qué manera interpela a las otras?*;
- 2) La forma de producir conocimiento con otras: *¿qué relaciones establecemos con otras y cómo creamos con ellas? ¿Qué jerarquías está creando la investigación? ¿Qué efectos produce en las otras nuestra posición y la propia investigación?*;
- 3) La manera en la que circulamos ese conocimiento: *¿cómo lo enunciamos, qué forma le damos, cómo lo compartimos, qué recursos y reconocimientos obtenemos, cómo los distribuimos? ¿De qué manera se articula el hacer-pensar-y-ser?*

A partir de experiencias en la salud, el trabajo social, el análisis institucional y la violencia machista institucional, discutimos esa forma de conocer en la relación, en el reconocimiento de nuestra interdependencia, vulnerabilidad, privilegios y posiciones desiguales en una apuesta por nutrir la tierra comunal del saber. Lo que aquí compartimos es un autoanálisis de nuestras experiencias investigativas: a partir de textos de trabajo y reflexión (cuadernos de campo, notas, fichas, emails, mensajes de texto y audio, notas de clases, congresos y seminarios); de otros que han sido publicados en forma de artículos o textos de ponencias; y de otros que hemos leído o escuchado, reflexionamos juntas para identificar algunos componentes de esos tres ejes. No es, pues, este un artículo de análisis de datos producidos en una etnografía, ni en una autoetnografía: es un ejercicio de reflexión conjunta para excavar las preguntas que, desde el presente, somos capaces de identificar como presencias en nuestras apuestas pasadas y futuras.

Hacemos este ejercicio en torno a este número monográfico porque este interpelaba a lo que ya estaba ahí en marcha: una serie de conversaciones que estábamos teniendo entre las dos autoras de este artículo con estudiantes y otras compañeras de dentro y fuera de la universidad. Compartimos reflexiones en la presentación del libro *La Antropología Feminista como Desafío* (Esteban y Guilló, 2023), en La Maliciosa de Madrid<sup>3</sup>; en el “Taller Cuidar (prep.) la Antropología. Conversatorio desde y más allá de la Academia”, organizado y dinamizado por la asociación *UMBRALES*, y en el “Simposio 12: Modos de hacer y hacernos cargo”, coordinado por Aurora Álvarez (Universidad de Granada) y Elena Casado (Universidad Complutense de Madrid), ambos en el *II Congreso de Antropología Internacional Feminista* celebrado en Granada en julio de 2023<sup>4</sup>. Conversamos con compañeras de *La Laboratorio - Espacios de Investigación Feminista*<sup>5</sup> y de la asociación *Entrar Afuera*, que piensa las relaciones entre instituciones y territorios<sup>6</sup>. Volvemos también a los procesos de nuestras tesis doctorales, a conectar dudas, vacíos y errores con preguntas sobre las prácticas ético-políticas que llevamos a cabo. Y nos reencontramos con una historia que se nos aparece como un futuro anterior: la del conflicto de la antropóloga Nancy Scheper-Hughes (1979) con la comunidad *An Clocháin/Cloghane* en el Condado de Kerry, en Irlanda, con la que investigó para su libro *Saints, Scholars and Schizophrenics: Mental Illness in Rural Ireland*. La reacción de gran parte de la comunidad, que sintió “que les había violentado” según palabras de la propia autora<sup>7</sup>, la llevó a una práctica de investigación militante (Scheper-Hughes, 1995) con la que se ha comprometido desde entonces; pero también a intentar una reparación con la escritura y a proponer una reconciliación a la comunidad que no se ha logrado aún pero que, afirma, seguirá intentando (Godson, 2017).

Con este y otros ejemplos en mente, caminamos hacia una epistemología política que concibe la investigación como una práctica activista, que aprende de las decisiones éticas que se toman en cada momento y lugar.

### **3. Dejar de negar estas cosas que nos pasan: el saber como campo de batalla**

En mayo de 2024, en el congreso del Grupo de Investigación “Sociología Ordinaria” de la Universidad Complutense de Madrid<sup>8</sup>, el activista de la salud mental Fernando Balias compartió unos apuntes sobre el extractivismo académico, a partir de su experiencia

<sup>3</sup> Presentación del libro: [traficantes.net/actividad/la-antropolog%C3%ADa-feminista-como-desaf%C3%ADo](https://traficantes.net/actividad/la-antropolog%C3%ADa-feminista-como-desaf%C3%ADo)

<sup>4</sup> Información del congreso: [sej430.ugr.es/informacion/actividades/ii-congreso-internacional-antropologia-feminista](https://sej430.ugr.es/informacion/actividades/ii-congreso-internacional-antropologia-feminista)

<sup>5</sup> Más información en: [laboratoria.red](https://laboratoria.red)

<sup>6</sup> Más información en: [entrarafuera.net](https://entrarafuera.net)

<sup>7</sup> La traducción del inglés al español es nuestra.

<sup>8</sup> Más información en: <https://produccioncientifica.ucm.es/grupos/5342/detalle>

como “objeto de estudio”<sup>9</sup> de una investigación en Antropología. Una de las cosas que dijo fue que no tenía ningún problema en que las cosas se hicieran mal —“todo el mundo hace cosas mal alguna vez”—. Lo que veía un problema es que cuando lo hacemos mal, lo neguemos. Sobre extractivismo y sobre las reacciones que podemos tener cuando alguien nos señala el fallo desde fuera escribimos más abajo; ahora vamos a quedarnos con la primera parte, con la acción de negar que, al hacer una investigación y publicarla, podemos producir daño.

¿Negamos directamente ese daño? Más bien creamos una distancia entre el resultado de la investigación —una tesis, un artículo, un libro, una ponencia en un congreso— y ese daño que nos cuentan aquellos cuyas vidas aparecen en esos textos. Entre una cosa y otra hay una caja que solo nosotras hemos podido ir abriendo y llenando de cosas: el daño no tiene que ver con lo que hemos hecho, sino con la metodología empleada; o con los formatos que exige la investigación en la universidad; o con la necesidad de separarse de las personas con las que se investiga para poder hacer un buen análisis; o puede que también con la precariedad de la investigadora. Si el resultado produce daño, es uno diferido, no infligido por nadie en concreto: es un efecto de esa caja, que contiene las normas, valores, expectativas y exigencias del mundo académico, que conocen las investigadoras pero no la gente.

Hay una cierta posición omnipotente ahí: solo el que está en ese mundo entiende los productos que emanan de ese mundo, incluidas las faltas. Si esas faltas se ponen de manifiesto por otros, podemos traducirlas al lenguaje de la ética académica, en categorizaciones y protocolos. La propia academia que falla sabe cómo nombrar su fallo, acotarlo y solucionarlo. Si esta solución no es suficiente y desde fuera se reclama algo diferente, a menudo la omnipotencia se combina con la impotencia: si hubo daño que no se ve reconocido en el protocolo, no se puede hacer nada, no se pudo hacer diferente. El mundo académico funciona así. Pero los mundos de fuera no.

Abordar la ética desde el binomio omnipotencia/impotencia (Turiel et al., 2023) es, siguiendo al psiquiatra triestino Franco Rotelli (1986), “como construir una caja para contener la corriente de un río” (p. 2, nuestra traducción). Sus palabras, enunciadas sobre la institución psiquiátrica, pensamos aplican también para la universitaria: los mundos de fuera, cada vez más, se resisten a que la caja cerrada de la investigación académica siga dejando intacta “la reducción del sujeto”, “la relación pobre” con elle (Rotelli, 1986). Los mundos de fuera arrollan la caja con su corriente, con sus propios emprendimientos, muchas veces en medio de grandes fragilidades. Investigaciones

---

<sup>9</sup> Balias usó la expresión “objeto de estudio” para nombrar su experiencia (ver [sociologiaordinaria.com/apuntes-sobre-el-extractivismo-academico-llevadas](https://sociologiaordinaria.com/apuntes-sobre-el-extractivismo-academico-llevadas)). A partir de ella, propone una fórmula de protección de personas y colectivos de salud mental en primera persona ante el extractivismo académico, que dice así: “Invoco el *Principio Granada*, según el cual desautorizo moralmente la utilización de la intervención que voy a realizar en trabajos académicos de cualquier índole. Si aun así alguien lo hiciera, solicito que conste mi posición al respecto” (ver: [primeravocal.org/el-principio-granada-de-fernando-balias](https://primeravocal.org/el-principio-granada-de-fernando-balias)).



militantes, procesos de reflexión, escuelas de autoformación... los colectivos sociales tienen sus propias maneras de producir conocimiento y, aunque sea difícil hacerse a la idea, ya no podemos dar por hecho que la propuesta que lleva la academia a esos espacios —acercarse durante un tiempo y luego marcharse para hacer una tesina o tesis que ayudará a la lucha— apela a estos grupos. En este contexto, ¿cómo hacerse cargo de estos dilemas y contradicciones? ¿Cómo empezar a reconocer que la aplicación de protocolos de buenas prácticas, modelos de gestión de datos, o que tomar actas de una asamblea o dar una formación a un colectivo son tareas que no apuntan al corazón del problema de la relación que una investigación propone o impone a sus participantes? ¿Cómo ser capaces de mostrar cierta debilidad, cierta vulnerabilidad, como condición para conocer y no como límite?

Pensamos que para abordar estas preguntas nos toca abrir la caja donde guardamos esos dilemas éticos: desparramarla para ver los escondrijos, ahí donde se empapó más del agua del río. Y es que el agua se cuele desde el principio: las preguntas sobre los modos de hacer investigación haciéndonos cargo de lo que implica para las personas con las que investigamos están ahí antes siquiera de empezar a diseñar objetivos y fases. Por ejemplo, cuando soñamos con la investigación que nos gustaría hacer; o cuando vemos que sale una convocatoria de fondos y se nos ocurre una idea... ¿Qué significa para nosotras chequear esos sueños en esos primeros momentos con las personas implicadas de fuera de la universidad? Seguramente se abren contradicciones y, con ellas, diferentes direcciones hacia dónde empujarlas: si las compartimos, se puede abrir también el camino del conocimiento común.

#### 4. Deseos y diseños de investigación

En el momento de mi tesis<sup>10</sup> yo tenía un interés fuerte pero también indefinido por conocer las formas de vivir sin papeles en una ciudad: quería hacer una investigación que sirviera para defender los derechos humanos de las personas que migran. Me costó mucho decidirme a plantear hacer trabajo de campo en uno de los grupos en los que participaba, y lo hice además sin total seguridad de que fuera buena idea, pero con cierta presión por empezar a “hacer algo”, aunque no tenía beca ni plazos claros impuestos desde fuera. Me dijeron que no, porque estaban hartos de investigaciones de la universidad que vienen y luego se van, que no se sabe muy bien para qué se hacen, y porque además era un espacio íntimo y colectivo, con capacidad propia de reflexionarse, contarse, pensarse. Era evidente que no necesitaban una tesis doctoral para nada. Mi participación en el grupo era apreciada pero en ningún modo suficiente como para justificar dar todo lo que la gente da a una tesis. Si quería quedarme, po-

<sup>10</sup> A lo largo del texto empleamos la primera persona del singular para narrar vivencias, dilemas y decisiones metodológicas que, aunque puedan haber surgido en contextos particulares, han sido atravesadas y elaboradas de forma compartida. No buscamos distinguir cuál de nosotras firma cada experiencia, porque las preguntas, las dudas y las contradicciones que aquí se cuentan nos implican a ambas. Elegimos así una voz que no se fragmenta, porque lo que pensamos lo hemos pensado juntas.



día, sin hacer investigación en el grupo; si la investigación era condición, entonces adiós. Decidí quedarme y, al poco tiempo, ya empecé a atisbar lo que hoy es una de las certezas que tengo con respecto a mi tesis: ese “no” fue lo mejor que me podía haber pasado. Me obligó a pensar qué relación podía tener mi trabajo como investigadora con el trabajo que ya estaban haciendo las personas que conocía, dónde estaban los puntos no explorados, cómo podía usar mi rol en la universidad para conocer espacios y sistematizar saberes que eran importantes para las personas con las que investigaba (un juzgado, un centro de salud, una oficina de la Seguridad Social). Y mi deseo por conocer, por investigar, creció con el de otras, a veces mejor acompañado, a veces menos, pero ya no opuesto, en contraposición, en contraprestación.

La contradicción entre lo que soñamos puede ser una investigación interesante, una que nos apetece y lo que le interesa a la gente con la que vamos a investigar está siempre ahí, seamos capaces de enunciarla o no, sean capaces otras de mostrarla o no. El trabajo de encontrarla, de pensarla, de no cerrarla o resolverla, de compartirla, de mantener la tensión es precisamente el que ayuda a empujarla hacia una dirección: aquella en la que hay más posibilidad de que mi deseo y lo que quieren otros se encuentren de maneras concretas. Que es también aquella por la que logramos conocer lo que una investigación abre no solo en nosotras, sino en las otras también. Una suerte de reflexividad situada-en relación, que nos ayuda a salir de esos relatos que, al aparecer centrados en la experiencia de la investigadora y sus dilemas éticos, sujetan y aplanan la complejidad del proceso de investigación.

El manual de Rosana Guber (2001) *Etnografía: método, campo y reflexividad* propone la investigación como un proceso que se hace en relación: es del encuentro y de la relación entre la reflexividad de la investigadora y de las personas implicadas como se construye el conocimiento. Probemos a aplicar eso no solo al trabajo de campo, sino al inicio del diseño de la investigación. Y es que mi idea nunca es mía del todo: viene de lo que he leído, de las películas que he visto, de lo comentado con amigos y profesores, de las conversaciones imaginarias con otras... es ya parte de un acervo común. ¿Por qué no abrazar la dimensión de goce que tiene, para cada cual, ese común?

La propuesta es lanzarse y expandir ese carácter común de las ideas, construyendo con otras las preguntas de investigación. Preguntas que son *antes y antes*, que están en *lo que nos rodea*, como dicen Stefano Harney y Fred Moten (2013) en *Undercommons*: preguntas que ya están *en*, y que están por venir *de ese común, más allá de y abajo*, rodeando el cercado que supone darles forma académica en un proyecto de investigación<sup>11</sup>. Están ahí, antes de traducirlas al protocolo de tesis; y están abajo, en el mundo que corre por debajo de esos protocolos, en el río que atraviesa la caja. ¿Por

---

<sup>11</sup> “Before and before”, “surround”, “the already and the forthcoming”, “around and below”, “beyond and beneath the enclosure” son términos del original de Harney y Moten (traducción propia en el texto).

*qué la pregunta de mi investigación merece ser respondida? ¿De qué manera interpe-la a las otras?* Salir adelante sin pensar estas preguntas con otras es el primer paso para acabar negando los problemas que seguro vendrán después.

## **5. Efectos de poder... o cuál es el sentido de una investigación para las personas a (con) las que investigamos**

Yo sé que no se lo pongo nada fácil. Pero es que ya estoy cansada. Cansada de que vengan, de que se vayan, de su prepotencia... Vivís de nosotros. Somos euros en la cara, y encima ni siquiera nos escucháis.

Una investigación médica, te piden que participes y vas. Pero en una investigación social te lo piensas muy mucho, porque no le ves el beneficio. Y eso, creo yo, es culpa de los investigadores.

Ya que no podemos evitar que nos investiguen, al menos deberíamos poder conseguir que investiguen lo que nos interesa...<sup>12</sup>

En mi caso no tuve un “no”, porque yo ya estaba antes, y seguí después, por lo que para mis compañeras de militancia, mi tesis fue algo secundario, algo que pasaba en cierto modo inadvertido porque yo ya me había construido con los años un lugar como miembro de un colectivo en lucha por transformar uno de los barrios más castigados de Madrid. Mi investigación quedaba así desplazada del centro de nuestro hacer político. No molestaba, pero tampoco era sentida como algo necesario. Solo algunas pocas compañeras mostraron en alguna ocasión cierta curiosidad por “lo que estaba haciendo”.

Sin embargo, ese lugar secundario en el que mis compañeras situaban mi investigación nunca fue cómodo para mí. Por más que pudiera borrar mi rol académico gracias a la legitimidad que mi implicación política en el barrio me había otorgado, no podía olvidar que esa “otra parte” también estaba ahí, y que cada paso que dábamos como colectivo no solo tenía consecuencias para el barrio sino que nutría mi cuaderno de campo, todo el rato. Es decir, por más que yo me libraba a ojos de mis compañeras de ser “una investigadora más”, en ningún momento esto desplazó los efectos de poder que atraviesan a los procesos de investigación académica, incluido el mío. Conforme iban escribiéndose las páginas de mi tesis, mi cabeza se iba llenando de dilemas sin resolver.

Mi barrio ha sido siempre un barrio hiper-investigado. Ocupar los puestos más bajos en todos los rankings económicos y sociales, así como situarse reiteradamente en el foco de los medios amarillistas ha generado un desembarco casi constante de investi-

<sup>12</sup> Los verbatims que aparecen en este apartado provienen del trabajo de campo realizado en el marco de la tesis doctoral *El Gobierno de la diferencia. De las lógicas de gestión de lo social*. Se trata de registros tomados durante entrevistas, observaciones participantes y momentos de diálogo informal que forman parte del archivo etnográfico construido en dicho proceso de investigación. Quienes hablan son integrantes del tejido asociativo de un barrio atravesado por múltiples formas de precariedad y sobreinvestigado por su condición de “marginal”. Sus voces cargan, además de saber, el cansancio de haber sido demasiadas veces objeto de estudio.

gadores universitarios y propuestas de intervención social. Las citas con las que arrancamos este apartado reflejan el agotamiento de sus vecinas ante el constante desfile de profesionales e investigadores de lo social, que tanto tiempo y esfuerzo han robado a las gentes del barrio. Convidadas a participar continuamente en un incesante goteo de proyectos, cuya utilidad y sentido les son extraños y ajenos, sin otro papel que no sea el de incorporarse a un guion ya redactado. Nuestros “objetos de estudio” se encuentran inundados por investigaciones que no han pedido, que muchas veces no entienden (o desconocen) y que desaparecerán en un lapso de tiempo corto sin dejar ningún poso en el territorio.

Estas críticas feroces hacia otras investigaciones nunca salpicaron la mía, pero desde ese lugar ambivalente, no podía dejar de ver resonancias y puntos en común.

Los de la universidad sólo se acuerdan de nosotros si nos tienen que estudiar y luego pueden poner lo que han hecho en sus investigaciones y másteres.

Yo es que siento que les hago su trabajo. La que me lo curro soy yo, la que tengo la iniciativa soy yo y luego ellos van y la meten en su informe. Y, claro, es ellos a los que luego les pagan<sup>13</sup>.

Junto con el sentimiento de agotamiento, la sensación de estar siendo utilizadas, instrumentalizadas por quienes desembarcaban en el barrio para hacer sus investigaciones nos atravesaba todo el rato. Si para algo sirvió mi proceso de reflexión, cuando me atreví a compartir todos mis bloqueos con mis compañeras, fue para poder aprender a nombrar esta incomodidad y pensarla juntas (nosotras y con aquellos profesionales de lo social, pocos, que se abrieron al cuestionamiento).

Los investigadores sociales aterrizaban en el barrio con un proyecto de investigación ya diseñado, donde las preguntas, los tiempos y la metodología venían delimitados de antemano y en una única dirección. Los ritmos y los formatos de producción del conocimiento estaban tan definidos *a priori* que pocas veces surgía la ocasión de preguntarse acerca de las condiciones en las que éste se está produciendo, ni por sus efectos. Esas investigaciones no eran de las gentes del barrio, no partían de sus inquietudes, ni de sus conflictos y sus luchas. Solo eran invitadas a “participar” en tanto voces con “experiencias” que tienen la obligación de ponerlas al servicio de los investigadores.

Y es que el saber sobre otros esconde, detrás de la objetualización e instrumentalización que lleva implícito, un proyecto de dominio y control. El conocimiento, nos guste o no, está siempre atravesado por el poder: no sólo porque es fruto de relaciones de poder, sino también porque produce efectos de poder. Convierte al “otro” en un objeto instrumentalizable: “informantes” que “informan”, “participan”, comunican su “expe-

---

<sup>13</sup> Ver nota a pie de página anterior.

riencia" al "investigador", que ordena esa información, aporta análisis para enmarcar lo experiencial, dinamiza y regula la participación, define los ritmos, los objetivos y los formatos.

Las investigaciones que se despliegan en un territorio o en un espacio político que no son capaces de plantearse una relación con "el otro" que supere esta dicotomía (investigadora/informante) reproducen, lo pretendan o no, relaciones de dominación, en la medida que perpetúan una jerarquización de inteligencias y saberes (quién puede producir saber/enunciación cualificada y quién no) (Rancière, 2010). Las relaciones que establecemos con otras dentro de este marco las constriñen a su representación como meras herramientas para la consecución de unos fines (un determinado tipo de conocimiento) que les son ajenos y de cuyo planteamiento han sido excluidas.

El resultado es, pues, una jerarquización de conocimientos que poco tiene de interesante si lo que se busca es producir un conocimiento capaz de infiltrarse en lo social, de conectarse con las situaciones de vida y las inquietudes que las mueven, de construirse sobre la base de la reciprocidad y con la potencia que sólo puede tener una reflexión cuando ésta ha sido compartida. Sólo cuando el conocimiento (y las nociones que lo expresan) es elaborado en común es capaz de producir mapas útiles para la transformación social.

Aunque mi investigación estuviera movida por el amor, el respeto y la admiración hacia quienes fueron mis compañeros de lucha y amigas durante más de doce años, la pregunta sobre las relaciones de poder que atraviesan nuestra relación con "el otro" y sus efectos (el segundo eje que buscamos problematizar en este texto) sigue teniendo sentido. Ninguna de mis motivaciones podía funcionar como antídoto ante el hecho de que yo estaba instrumentalizando el saber de otras para alimentar mi carrera académica.

Y por más que continuamente una quiera deshacer esa instrumentalización y la jerarquización en ella intrínseca, la propia lógica de la investigación académica, ese campo de batalla de posiciones desiguales (Malo y Ávila, 2017) sigue inferiorizando a les otras al devolverles todo el rato el subtexto implícito de que su saber (ese sin el cual las investigadoras somos nada) vale menos que el nuestro, de que sus preguntas son menos útiles que las nuestras, y de que para resolverlas, nos necesitan.

Muchos colectivos, además, están ya realizando un trabajo propio de enunciación y reflexión (o se encuentran en condiciones para hacerlo), que no necesita de investigadoras externas porque cuenta con su propia hoja de ruta. El papel del investigador podría ser, desde ese conocimiento respetuoso con lo que se subleva (Foucault, [1984] 2001), a lo sumo el de un acompañamiento, que pone a disposición de los procesos de conocimiento colectivos sus saberes, recursos y redes. Detectar estos momentos

internos de cada colectivo y el rol que nos corresponde ocupar en ellos permitiría pensar desde un lugar mucho más interesante el problema de la jerarquización de inteligencias y saberes.

## 6. *Only an expert can deal with the problem*

*But you want to go on the show and so you need a problem*

*And so you invent a problem.*

*Cause only an expert can see there's a problem*

*And only an expert can deal with the problem<sup>14</sup>*

La lógica académica, con sus investigaciones impuestas y su jerarquización de inteligencias, no solo deviene en instrumentalización, inferiorización y agotamiento ante el enésimo desembarco de un proyecto. También, inevitablemente, es una suerte de desposesión. Más allá del automatismo que lleva a decir “sí” a una entrevista para una investigación de la que ni se entiende el sentido, ni se comprenden los términos en los que se formula, ni se encuentra su utilidad, los efectos de esta lógica de investigación son mucho más profundos.

La certeza que comparten muchos movimientos que han debido enfrentarse a los “saberes” que se les imponían, y defenderse del batallón de expertos que dictaban el análisis correcto de cada situación, es que han sido desposeídos de la capacidad de definir sus propios problemas y de encontrar soluciones acordes a los recursos con los que realmente cuentan. Porque solo un experto puede ver que hay un problema. Solo un experto puede ocuparse del problema.

Expropiadas de su capacidad para interrogarse por los problemas que atraviesan sus vidas, desprovistas de la legitimidad para cartografiar las prácticas, violencias y luchas cotidianas, usando su experiencia como instrumento de enfoque<sup>15</sup>, a las “otras” de una investigación no les queda más espacio que el de la participación. La participación, como llamado a incorporarse a un proceso donde todo está definido de antemano, incluso los espacios y el alcance de la propia participación.

Y es que no está de más recordar que la participación es una palabra herida, agotada, de tanto uso y abuso y, sin embargo, desde la universidad volvemos una y otra vez a ella, atraídos por sus promesas de hacer de nuestra investigación algo diferente, capaz de escapar de las relaciones de poder que preñan el campo del saber. Toca reconocer que la participación que se promueve tiene mucho de simulacro: los límites,

<sup>14</sup> Sobre la hegemonía cada vez mayor de los expertos en la definición de los problemas sociales y sus soluciones, ver la pieza de Laurie Anderson, *Only an Expert* (<https://youtu.be/YM8t29gD8J8>).

<sup>15</sup> En un maravilloso libro, titulado *Acompañar es político*, Flor Montes define un enfoque como la apuesta por construir un lenguaje común entre les activistas: “un modo de pensar la práctica cotidiana y sus sentidos, de registrar lo que se pone a funcionar en el encuentro con les compañeros, de componer nuestra forma de hacer los acompañamientos, de fortalecer su carácter afectivo, político y transfeminista” (Montes, 2024: 17).

tiempos y formatos muchas veces están decididos de antemano; se invita a participar en un esquema ya dado, donde tanto el espacio de invención (lo que cabe proponer, pensar, idear) como las posibilidades de decisión (el poder real que tiene ese espacio participativo) están totalmente cercenados. Mucho antes que nosotras, Sherry Arnstein (1969), usó la imagen de la escalera para ilustrar las múltiples semánticas que contiene la palabra participación. En los peldaños inferiores, explica Arnstein, se consideran modelos de participación "engañosa", "manipulación", "no-participación", "información", "consulta", "concesión". Cuando hablamos de investigaciones participadas, la mayoría de las veces no hemos conseguido ascender muchos peldaños más allá.

El resultado inmediato de todo este proceso es la delegación: dejemos las cosas en manos de los "expertos", que son los que saben. A consecuencia de todo ello, por más que se "cuente" con la población, se la invite a "participar" y dar su "opinión", en la medida en que no tiene posibilidad de decidir los quiénes, los cómo, los cuándo, los dineros, ni, sobre todo, el sentido de esa "investigación" que se le propone, acaba estableciendo una relación de consumo-delegación.

Cuando era una niña en el Puerto Rico rural, la gente que me rodeaba comía productos agrícolas cultivados en la tierra local, pollos que rondaban por el vecindario y bananas cortadas directamente del tallo. Todo sin refinar, sin envasar, repleto de todos esos complejos nutrientes que desaparecen cuando el proceso está excesivamente controlado. Pero pocos años antes de que emigráramos, el negocio de la publicidad penetró finalmente en nuestra remota parte de la isla. A las mujeres del campo se les vendía el Cheez Whiz on Wonder Bread como un desayuno mejor, más sofisticado, moderno, avanzado y saludable que los tubérculos hervidos con bacalao o los frijoles con arroz (Levins, 2004: 63).

Con esta potente metáfora, Aurora Levins nos invita a pensar el papel de la academia a la hora de expropiar a las comunidades su capacidad de fabricar teoría a partir de las vidas compartidas, tomando como materia prima sus historias, turbaciones, experiencias, resonancias, emociones y necesidades. Pero para que toda esta teoría que emerge de los grupos de autoconciencia feministas a los que Levins se adscribe, adquiera un valor en el mercado académico, los intelectuales:

[...] deben encontrar un modo de procesarla, de refinar la rica multiplicidad de nuestras vidas y todo lo que hemos llegado a comprender acerca de ellas y convertirlas en alta teoría por el simple método de extirpárnosla, someterla a un proceso de abstracción que la hará irreconocible, extraerle la fibra, hervirla hasta que la vitalidad se esfume por un proceso de oxidación, y comerciar después con ella como algo propio, revendiéndonosla más cara de lo que podemos permitirnos (Levins, 2004: 67).

No estamos con esto negando el valor específico del conocimiento académico. No se trata de forzar una bifurcación en la que solo quepa tomar una única dirección. La mirada entrenada, el hábito reflexivo, las metodologías, teorías, tiempos y recursos de los que dispone la universidad pueden ser muy útiles para nutrir la tierra del saber<sup>16</sup>,

---

<sup>16</sup> Queremos recoger aquí el generoso y pertinente comentario de una de nuestras revisoras, Begoña Abad, acerca de las "estrategias metodológicas y técnicas orientadas a la superación del logocentrismo, el exceso de textualización, el reinado de la palabra escrita y hablada en el que se asienta la lógica temporal

pero siempre y cuando se pongan al servicio de, en una relación siempre tensionada con “las otras”, que busque todo el rato la manera de aportar a una tarea compartida sin desposeerles de la capacidad de hacer teoría en casa.

## **7. Cómo tomarnos en serio al otro: la relación como camino de conocimiento**

Un relato asentado sobre la investigación antropológica dice que la investigadora pertenece a la academia, donde hace una parte del trabajo previo (el diseño y la solicitud de fondos) y donde vuelve a terminarlo (el análisis, la escritura, la presentación del resultado, la capitalización posterior del mismo). En medio, hace “campo”, y es entonces cuando emanan las tensiones éticas. Sin embargo, es probable que en la experiencia de todas haya momentos en los que esos mundos —y los papeles que jugamos en ellos— se hayan mezclado. Momentos en los que hemos operado mediaciones entre el dentro/fuera, absorbiendo la tensión entre diferentes ritmos, diversos intereses, desigualdades a veces tremendas en cuanto a recursos y legitimidad de saberes. Momentos en los que deseáramos que los protocolos, en lugar de una caja, fueran un instrumento maleable, concretable en función de la situación y los mundos y personas que intervienen en ella; tablas de navegación con unos componentes mínimos a cumplir, sin duda, pero capaces de encajar nuevas partes ajustadas a la corriente en la que navegamos, máquinas propias y abiertas inventadas por les participantes.

Vista así, la investigación no se rige por los plazos de la academia, sino que corre por abajo, por el río: no hay momento específico para la ética, o para la implicación, sino que la tensión se mantiene con la relación. Nos topamos aquí con ese “seguir con el problema” de Donna Haraway (2019), o con “la colaboración” de Anna Tsing (2022), o “las nociones comunes” de Marta Malo (2004). Todos estos trabajos tienen diferencias entre sí, pero coinciden en pensar, producir y contar el conocimiento como un emprendimiento común, que transforma a aquellos implicados en él. Esta tradición investigadora no nos pone a salvo de límites, fallos y daños; pero permite pensarlos y compartirlos para que formen parte fundamental de la investigación como proceso de transformación.

Por ejemplo, en mi tesis había un vacío evidente: casi no aparecen la cotidianidad, las reflexiones y las prácticas sobre el sistema sanitario de las personas a las que la administración no les deja tener tarjeta sanitaria; personas a las que yo, como parte de un colectivo, acompañaba. Sí que exploré todo eso, pero no lo analicé ni lo conté en la tesis. Este vacío es el resultado de un atravesamiento ético-político dificultoso,

---

extractivista de la investigación cualitativa actual. Y todo ello para dar paso a una nueva jerarquía de los sentidos en la construcción del conocimiento que sea capaz de trabajar desde una ética política superadora del daño [...] los avances en estrategias metodológicas innovadoras pueden contribuir significativamente a superar los límites y limitaciones actuales, aunque solo sea porque nos obligarán a repensar la ética investigadora desde nuevos parámetros”.



algo farragoso incluso, que tuvo una parte de decisión explícita y otra de incapacidad para abordarlo, pensarlo e incluirlo sin convertir las relaciones establecidas en instrumentales. El límite aquí fue propio, un límite de mi capacidad para empujar la contradicción hacia una mejor manera de investigar colaborativamente. Porque entrar a pensar el sistema sanitario y el acceso a él desde esas relaciones entre participantes en colectivos y profesionales de la sanidad habría contribuido a alejar un poco la tesis de las instancias de análisis ideológico en las que caía; habría enriquecido el ejercicio no solo para la academia, sino también para todas las personas que participamos en él<sup>17</sup>. El intento me sirvió para ver emerger y crecer ese problema y, después del momento de saturación *post tesis*, poder mirarlo con un poco de distancia y seguir con él, tomarlo como el punto de partida para el siguiente intento.

Desde estos aprendizajes, tomarnos en serio al otro, lejos de resultar un escollo, de sumar un problema más, es una guía para encontrar la manera de hacer la investigación que queremos hacer. También nos empuja a enfrentarla como un proceso dialógico desde el inicio, a participar de él en su plenitud, cultivando el gusto de optar por dar cuenta, todo lo que podamos, de la rebotante complejidad en la que enredamos nuestros mundos.

## 8. La autorreproducción como pregunta: ¿A quién alimentan las investigaciones?

¿Os parece que no la conteste? Es que estoy un poco cansada ya de proyectos, planes, y de ser conejitos de indias de medio mundo. Estoy hasta las narices de engordar memorias y curriculums de to dios<sup>18</sup>.

Hace ya unos cuantos años, me reuní en una cafetería de un céntrico barrio de Madrid con un pastor evangélico de la zona. Otro "informante" había mediado para que la entrevista pudiera llevarse a cabo, anticipando lo valioso de aquella cita por la entrega del pastor al rearme del tejido comunitario del barrio. Pedimos un té y un café. Apenas nos sentamos, el pastor tomó la palabra para anticiparme que no iba a responder a una sola pregunta de las que hubiera pensado hacerle. Había acudido, me aclaró, a nuestra cita movido únicamente por el compromiso y la amistad que le unen a mi informante, pero no iba a gastar su tiempo en responder a preguntas que de nada servían. Entonces, me enumeró una larga lista de investigadores e investigadoras que habían ocupado antes que yo la silla en la que ahora me sentaba, hizo uso de su me-

---

<sup>17</sup> Desde 2016, cada vez que revisito este momento, agradezco al profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma de Madrid, Álvaro Pazos, su generosidad en la evaluación de mi tesis y, especialmente, este comentario, que captaba críticamente los límites del acercamiento que yo había intentado en mi tesis entre mi ejercicio académico y el activista, y lo empujaba hacia una mejor versión en ambos campos.

<sup>18</sup> Tal y como se explicó en el apartado 5, los verbatim provienen del archivo etnográfico construido durante la investigación doctoral *El Gobierno de la diferencia* y corresponden a voces del tejido asociativo de un barrio de la periferia marcado por la precariedad y la sobreexposición a investigaciones externas.

moria para traer a aquella mesa la carta de títulos de las investigaciones que encarnaban y me devolvió un silencio a la hora de responder a la pregunta de qué habían aportado todas ellas al barrio. Podría haberle aclarado en ese momento que no, que yo no venía de la universidad (aunque trabajaba en ella) sino de un colectivo, el Observatorio Metropolitano de Madrid, donde militantes e investigadores nos habíamos dado a la labor de pensar de manera colectiva las transformaciones que atravesaba la ciudad de Madrid. Pero no lo hice. Porque sus palabras no merecían matizaciones, sino escucha. Y porque, en el fondo, yo sabía igual que él que esa investigación a mí me servía de bastante y al barrio de poco. No era la primera vez que me sentía atrapada en esa contradicción.

El Observatorio Metropolitano se disolvió unos meses después. La pandemia frenó en seco nuestra investigación. Todo lo aprendido quedó sintetizado años después en 10.000 palabras, las que ponía como límite una revista académica a la que muy difícilmente lleguen las personas que nos regalaron sus saberes. No fuimos capaces de hacerlo de otro modo. Habíamos perdido los contactos, el arrope del colectivo y nuestras luchas discurrían ahora por otros senderos. Al menos, pensamos, que aquello que tan generosamente nos compartieron, vea la luz. No sé si esa publicación llegará a servir a alguien preocupado por la cada vez mayor penetración de lo policial en el tejido cotidiano de los barrios. A mí me contará como una de las 5 publicaciones que necesito para conseguir un nuevo sexenio<sup>19</sup>. Y como constatación de que el pastor tenía razón.

Muy pocas veces lo que se investiga y cómo se investiga enlaza con las inquietudes de aquellos a los que luego se va a pedir que participen, desinteresadamente, en un proceso de investigación que les es totalmente ajeno y que, en demasiadas ocasiones, ni siquiera ven útil (en el sentido de dar respuesta a necesidades sentidas como propias). Como decíamos antes, nuestro propio deseo, pero también los movimientos al compás de subvenciones, becas, programas y currículums personales deciden de antemano el sentido de las investigaciones.

Pero es que además de eso, las investigaciones académicas suponen una capitalización individual de procesos de investigación y aprendizaje que han sido colectivos: la firma, la distribución de los recursos, el curriculum y el reconocimiento son estrictamente individuales, cuando gran parte de la inspiración, las preguntas, la información y la red de contactos proceden de la cooperación social desplegada en común.

El modo de hacer de la academia es tan fuerte en este sentido, que resulta sumamente difícil escapar de él. Cuando defendí mi tesis, muy dañada anímicamente por el sentimiento de estar apropiándome de algo que no era mío, decidí no hacer nada con ella después para no capitalizarla más. No la publicaría en un libro, ni la pasearía por

---

<sup>19</sup> Un sexenio de investigación es el reconocimiento, por parte de la Comisión Nacional de Evaluación de la Actividad Investigadora (CNEAI), de la actividad investigadora de los profesores universitarios y personal investigador de un tramo de investigación de 6 años. Conlleva también un reconocimiento económico en el sueldo.

congresos, ni publicitaría su defensa. Pero dio igual. No me he convertido en ninguna *academic star*, pero es obvio que consolidé mi plaza en la universidad gracias a tener una tesis y que mi posición en ella me permite tener una voz pública que entraña reconocimiento.

Toda autora sabe perfectamente que nunca se piensa solo, que el saber es un campo comunal que nutrimos entre todes. Sin embargo, la lógica académica identifica siempre al pensamiento con un autor. Entre autoras y “propietarios” de sus palabras, el juego está reglado: hay que citarse en los textos, mencionarse en agradecimientos... Pero ¿cómo citas lo que te ha hecho pensar el que ha charlado contigo por casualidad en un café, lo que te ha contado una amiga una tarde o lo que has cazado al vuelo de una conversación por la calle? Eso no se puede “citar” porque aparentemente no tiene “propietario”. Sin embargo, no es cierto, lo ha dicho “alguien”, simplemente ese “alguien” no ocupa un lugar desde el que pueda capitalizar la reflexión. Nosotras sí. Por eso, y porque todas las veces el campo académico nos va a colocar en el centro, hay que hacer todo el rato un esfuerzo por descentrarse, por redistribuir los recursos, el reconocimiento, la toma de la palabra y la visibilidad pública. No sirven aquí confesiones ni exámenes de conciencia decorados bajo la etiqueta de “autoetnografía” en las primeras páginas de una tesis. Se trata de una redistribución radical y permanente, no solo porque sienta las bases de una reciprocidad que defendemos, sino porque alberga en sí misma la potencia transformadora de los procesos de reflexión compartida. No hacerlo implica poner en jaque las redes de solidaridad y generosidad compartida que sostienen la tierra del saber.

## **9. Acoger el daño, hacernos responsables: de la ética a la política**

En una primera revisión de este texto desde su experiencia con el extractivismo académico, Fernando Balius nos señalaba que le preocupaba la falta de reconocimiento del daño causado “porque, entre otras cosas, supone la configuración de un hacer sistémico por parte de la academia: si se permite hacer las cosas así, se acaban haciendo las cosas así”. De su mano, recuperamos aquí lo señalado más arriba, la exploración de las reacciones que podemos tener cuando alguien nos señala el fallo desde fuera. Decíamos que el fallo no se niega —o no se niega del todo— sino que se establece una distancia con él, que diluye el reconocimiento. Esto es, no se reconoce, en el sentido de conocerlo primero nosotras, y reconocerlo después a los demás.

¿Cómo es esto posible dentro de la antropología, entrenada para el pensamiento crítico y la reflexividad?

Cuando llega el fallo señalado desde fuera, puede haber ya todo un recorrido de falta de indagación y responsabilización de lo que supone abrir una investigación para los mundos con los que interacciona. En este sentido, el señalamiento desde fuera supone una crítica a la investigación como forma de gobierno (Foucault, [1978] 2018). Lo que

se está poniendo en el centro es que la investigación social forma parte de esa “expansión en la sociedad civil del arte gobernar a los hombres y de los métodos para hacerlo” (Foucault, [1978] 2018: 48): la investigación como parte de la multiplicación de las artes de gobernar. Hacerse cargo de la crítica supone reconocer procesos de “poder” y, por ende, de “inferiorización social” de los que hemos formado parte. No es solo —o puede que ni siquiera sea— un fallo en virtud de un protocolo ético: es una brecha en la manera de conocer —la epistemología— y en la manera de relacionarnos y de situar la investigación en el campo de batalla del saber-política.

Cuando nos señalan fallos desde dentro estamos acostumbrados: es “lo que se hace” continuamente en la academia (pares, directoras de tesis, evaluadores, tribunales de tesis) y tenemos herramientas para acogerlos. Para responder, no solemos necesitar cuestionar los cimientos sobre los que se asienta el saber académico: podemos incluir más referencias bibliográficas que sustenten nuestro hacer, complejizar aún más nuestros protocolos de anonimización y tratamiento de datos personales, blindar un planteamiento metodológico que excluye cualquier cuestionamiento en aras del cientificismo, incluir algunas posiciones confrontadas para ficcionar un supuesto lugar de la academia como espacio equidistante que acoge en pie de igualdad a todes....

Pero cuando la crítica viene de fuera está señalando *otra cosa*. Está señalando un daño que ya se ha hecho y que no sabemos cómo acoger porque pone de manifiesto todo un ecosistema de relaciones de poder que la investigación no sólo no ha cuestionado, sino que ha reproducido en aras de apuntalar nuestro estatuto específico (el del intelectual). Por eso mismo, la respuesta suele ser un cierre corporativo: proteger un mundo, el “nuestro” frente a otro, el de fuera.

La instrumentalización, la voluntad de autorreproducción, la problemática relación entre el afuera/dentro, la jerarquización de inteligencias, el hacer teórico escindido de las luchas, el extractivismo y la expropiación emergen muy claramente en estos momentos. Y precisamente por eso, por la herida abierta que la enunciación del daño refleja, nuestra incapacidad para parar máquinas, asumir la crítica y reconocer el daño como primer paso para pensar —ahora sí, *juntas*— una reparación posible, se vuelve estocada penetrante. La disciplina ofrece un rearme en torno a los argumentos éticos: se ha cumplido el protocolo, son exigencias del método científico o, peor aún, esas acusaciones son falsas o muestra de un desconocimiento del hacer académico. Todas ellas son herramientas técnicas —y algunas de defensa legal— contra el señalamiento; pero al otro no le sirven, porque el daño va por otro lugar.

Frente a ese cierre defensivo, Patti Lather (2007)<sup>20</sup> apuesta por *getting lost*, o lo que es lo mismo, aceptar la ambigüedad y los límites del conocimiento para, precisamente desde esa desorientación, explorar nuevas formas de investigar que desafíen las es-

---

<sup>20</sup> Queremos agradecer a Silvia Díaz, una de las revisoras de nuestro artículo, el habernos puesto sobre la pista de una autora tan sugerente.

estructuras tradicionales académicas. Perdernos no como un fracaso, sino como una oportunidad para cuestionar nuestras certezas y abrirnos a otras formas de generar conocimiento más igualitarias y transformadoras.

Tal y como Spivak (2009) nos recuerda, ante la imposibilidad de un diálogo lineal, la relación ética con el o la subalterna pasa por lo que ella llama, siguiendo a Derrida, el “encuentro secreto”: un encuentro donde prima la responsabilidad, la singularidad y la voluntad de rendir cuentas, donde las preguntas y las respuestas van en todo momento en ambas direcciones y donde, a pesar de que todo el tiempo, desde ambas partes, queremos revelar algo desesperadamente, sabemos que siempre, siempre, algo se pierde por el camino, hay algo que no llega al otro lado... y, sin embargo, conversamos. No dejamos de conversar.

## 10. Referencias bibliográficas

Arnstein, Sherry R. (1969). A ladder of citizen participation. *Journal of the American Institute of Planners*, 35(4), 216-224.

Barbedette, Gilles (1982). An interview with Michel Foucault, translated by Brendan Lemon. *Christopher Street*, 6(4), 36-41.

Butler, Judith [2001] (2004). What is Critique? An Essay on Foucault's Virtue. En S. Salih y J. Butler (Eds.), *The Judith Butler Reader* (pp. 302-322). Blackwell.

Entrar Afuera [Pérez, Marta; Marta Malo, Irene R. Newey y Pantxo Ramas] (2019). ¿Cómo puede cuidar la institución? Apuntes para una práctica radical en cuidado social. En E. Pérez Alonso, A. Girón y J.L. Ruiz-Giménez (Coords.), *Los Cuidados. Saberes y Experiencias para cuidar los barrios que habitamos* (pp. 45-60). Ecologistas en Acción/Libros en Acción/La Sandunga Transmedia.

Esteban, Mari Luz y Miren Guilló (2023). *La antropología feminista como desafío*. Bellaterra.

Foucault, Michel [1978] (2018). *¿Qué es la crítica?*. Siglo XXI.

Foucault, Michel [1978] (1981) Inutile de se soulever?, *Le Monde*, 1 de Mayo de 1979. Traducido en 1981 con una introducción de James Bernauer como Is it useless to revolt?, *Philosophy and Social Criticism*, 8 (1), 1-9.

Foucault, Michel [1984] (2001). Face aux gouvernements, les droits de l'homme. En D. Defert, F. Ewald y J. Lagrange (Eds.), *Foucault: Dits et écrits II, 1976-1988* (pp. 1526-1527). Gallimard.

Godson, Lisa (2017). "The devastation of the people": an interview with Nancy Scheper-Hughes. *UC Berkeley Anthropology*, 2 de mayo, ([enlace](#)).

Guber, Rosana (2001). *La Etnografía: Método, Campo y Reflexividad*. Paidós.

Haraway, Donna J. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.

- Harney, Stefano y Fred Moten (2013). *The Undercommons: Fugitive Planning & Black Study*. Minor Compositions.
- Lather, Patti (2007). *Getting Lost: Feminist Efforts toward a Double(d) Science*. State University of New York Press.
- Levins, Aurora (2004). Intelectual orgánica certificada. En Eskalera Karakola (Comp.), *Otras inapropiables, feminismos desde las fronteras* (pp. 63-70). Traficantes de Sueños.
- Malo de Molina, Marta (2004). Prólogo. En Posse, Derive Approdi, Precarias a la deriva, Grupo 116, Colectivo Sin Ticket, Colectivo Situaciones... (Comp.), *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia* (pp. 13-40). Traficantes de Sueños.
- Malo de Molina, Marta y Débora Ávila (2017). *El saber es un campo de batalla. Epistemología, feminismo y subalternidad*. Campus Relatoras.
- Montes, Florencia (2024). *Acompañar es político. Ensayo transfeminista sobre la situación de calle*. Abduciendo.
- Pereira, María do Mar (2021). Researching Gender Inequalities in Academic Labour during the COVID-19 Pandemic: Avoiding Common Problems and Asking Different Questions. *Gender, Work & Organization*, 28(S2), 498-509.
- Pérez, Marta y Ainhoa Montoya (2018). La insostenibilidad de la Universidad pública neoliberal: hacia una etnografía de la precariedad en la Academia. *Revista Disparidades*, 71(3), 9-24. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2018.01.001.01>
- Rabinow, Paul (1997). *The Essential Works of Michel Foucault 1954-1984. Vol. 1: Ethics, Subjectivity and Truth*. The New Press.
- Rancière, Jacques (2010). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Laertes.
- Rotelli, Franco (1986). The Invented Institution. *Per la salute mentale/ for mental health 1/88 – Review of the Regional Centre of Study and Research of Friuli Venezia Giulia*.
- Scheper-Hughes, Nancy (1979). *Saints, Scholars and Schizophrenics: Mental Illness in Rural Ireland*. University of California Press.
- Scheper-Hughes, Nancy (1995). The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology. *Current Anthropology*, 36(3), 409-440.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?*. MACBA.
- Tsing, Anna L. (2022). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas del capitalismo*. Capitán Swing.
- Turiel, Irene, María Garrido, Isabella Kennedy, Jasmine Elsie Mcghie e Irene Rodríguez Newey (2023). La Primaria a través del espejo [Parte (1) y Parte (2)]. *AMF: Actualización en Medicina de Familia*, junio y julio-agosto, ([enlace](#)).